

Halloween. Un culto a los muertos en el norte de México

Maestro Andrés Oseguera

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA - UNIDAD CHIHUAHUA
andresoseguera@hotmail.com



Cantina *La Victoria*, en la esquina de la 3a.calle de Toltecas. Fachada.
© 2324. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

A mi hijo Sebastián

Para E. B. Tylor (1987 [1881]), considerado por muchos el padre de la antropología, era posible encontrar en el culto a los antepasados los gérmenes de la religión. Todo comenzó, según este autor, cuando los llamados “primitivos” reflexionaron sobre el alma que se desprendía del cuerpo cuando éste se disponía a dormir. Los sueños fueron para el “primitivo” la experiencia primigenia de un ser espiritual vagando por lugares desconocidos, de manera independiente y con voluntad propia. El alma, obligada a ocupar su empaque corpóreo al llegar los primeros rayos del alba, se prepararía para seguir proyectando en el recuerdo onírico de este primitivo, sus aventuras por el mundo.

Sin embargo, no sería sino la muerte el fenómeno natural que

despertaría en la mente de los “filósofos salvajes” una idea acabada de un ser sobrehumano al realizarse una separación definitiva entre el alma y el cuerpo. Si estando dormido el “primitivo” veía en su alma al ser extraordinario que viajaba por el cielo visitando lugares y gente desconocida, con la muerte, entendida como una prolongación del sueño en la eternidad, el alma quedaba sin hogar atrapada en el mundo de los vivos, conservando su capacidad de trasladarse de un lugar a otro y afectar el curso de la vida.

Como espíritu sin cuerpo que habitar, el alma de los difuntos representa la primera figura sobrehumana capaz de alterar el curso de este mundo terrenal; es la causante de tragedias utilizando sus poderes para vengarse de

sus enemigos mundanos y la mediadora para beneficiar a sus seres queridos. Fue así que, para alejar a los malos espíritus o allegarse la protección de los antepasados, los hombres instauraron el primer culto de carácter religioso en la historia de la humanidad: el culto a los muertos.

Podemos estar de acuerdo o no con este planteamiento evolucionista sobre el origen de la religión expuesto por Tylor en las postrimerías del siglo XIX. Lo que resulta incuestionable es que el culto a los muertos sigue siendo en la actualidad una expresión de la religiosidad popular cargada de creencias similares a las ya expuestas. A pesar de la diversidad de cultos, todas las celebraciones destinadas a los muertos representan un vehículo litúrgico para recibir



Tipos populares a las afueras de una cantina. Retrato de grupo. © 33455. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

los favores de nuestros antepasados y, al mismo tiempo, una forma de propiciar que los espíritus relacionados con la muerte renuncien a este mundo terrenal. La muerte produce, como expresión de lo sagrado, temor y fascinación. Tiene, como manifestación de lo sagrado y lo desconocido, un lado de pureza y un lado de impureza; atrae y repele; provoca respeto pero al mismo tiempo repugnancia (cfr. Caillois, 1996 [1939]:39). Así, junto a las prohibiciones rituales que apartan a los cadáveres del contacto humano se añaden las ofrendas para que sus espíritus rondan en los hogares de los vivos.

Esta doble naturaleza que se produce en el ánimo de los hombres cuando se enfrentan a la muerte tiene como máxima expresión, en México, el día de Todos los San-

tos celebrado el 1° de noviembre y el día de los Difuntos o día de las Benditas Ánimas, conmemorado el dos de noviembre. Estas festividades tradicionales permiten recibir a los espíritus de los difuntos en los hogares pero también alejarlos para que sigan el camino de la vida eterna.

Si nos adentramos en la historia de estas celebraciones nos daremos cuenta que son tan antiguas como la religión católica. El día de Todos los Santos representó la oportunidad ritual, desde los orígenes del catolicismo, para rendir culto a *todos los santos* (apóstoles, mártires, confesores y vírgenes) con el fin de reparar las faltas o insuficiencias en las festividades dedicadas, a lo largo del año, a cada santo. En un antiguo sermón de la celebración se indicaba que: “La conmemora-

ción de Todos los Santos ha sido instituida para darnos ocasión de subsanar en esta fecha, mediante su conveniente celebración, las omisiones en que, dada nuestra humana fragilidad, podamos haber incurrido por ignorancia, descuido o disipación, al celebrar las fiestas particulares a ellos (a los santos) dedicadas” (Vorágine, 2000:697).

Por el contrario, la celebración de las Benditas Ánimas fue desde el principio la fecha idónea para rendirle homenaje a los difuntos tanto en los cementerios como en los hogares. Como mecanismo para ahuyentar a los espíritus, este culto se instauró también para interceder por aquellos difuntos que no podían disfrutar de la vida eterna y se mantenían deambulando por el mundo al no cumplir debidamente con las penitencias que les fueron



© SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

impuestas antes de morir. Incluso, se estableció para pedir por aquellos que seguían manteniendo, después de la muerte, un apego a las riquezas terrenales, es decir, cumplía con este requisito de alejar a los espíritus que merodean por el mundo.

Hay que señalar que esta fiesta hacía alusión sólo a los difuntos adultos que fueron tentados por el pecado durante su vida; el día de Todos los Santos se consagró a los niños difuntos por su supuesta cercanía con la santidad (por eso el nombre de “angelitos”) al no haber conocido, durante su corta estancia en el mundo, el pecado.

Con la llegada de los españoles a México, estas celebraciones del 1° y el dos de noviembre fueron impuestas como cultos obligatorios a los indígenas. Sin embargo, esta imposición no impidió que se diera un sincretismo entre estas

fiestas católicas y la celebración a los muertos que los indígenas propiciaban antes de la Conquista. Los mexicas también creían que los difuntos regresaban al mundo de los vivos. Así, durante la fiesta *Huey Miccailhuilt*, los indígenas ayunaban tres días y esperaban, en el techo de sus casas, a sus difuntos: “venid presto que os esperamos” suplicaban los indígenas de lo alto de sus casas (Graulich, 1999:410). Sin embargo, los diversos rituales llevados a cabo por los mexicas no sólo tenían por objeto honrar y venerar a los difuntos con los alimentos y los sacrificios, también había rituales que impedían que los espíritus de los muertos regresaran al mundo de los vivos, temiendo enfermedades y muerte. Por esta razón, los ancianos amortajaban a los difuntos con alimentos suficientes y con un mapa que indicaba perfectamente el rumbo

hacia el *mictlan* (el inframundo), para que éstos no se perdieran y regresaran con sus familiares (Sahagún, 1990:233). Todavía entre los grupos indígenas de Oaxaca se prescriben formulas rituales estrictas como el ayuno prolongado, el baño con las aguas del río en los albores del día y el sacrificio de gallinas, para evitar que los difuntos regresen a sus hogares.

En la actualidad, las celebraciones del día de muertos son una mezcla de los preceptos católicos y los prehispánicos para agradecer a los difuntos o para ahuyentar a los malos espíritus. Por esta razón, los días de Todos los Santos y de las Ánimas son tan especiales, espectaculares y llenos de colorido en gran parte del territorio nacional. Es el tiempo donde los cementerios de México, vestidos con la flor de *cempasúchil* en vez de la *siempreviva* utilizada en los panteones

españoles, se llenan de luz y canto en la oscuridad para regocijo de los muertos.

Pero no siempre son flores y altares los que adornan los hogares y cementerios en esta época del año, también los niños disfrazados de momias, diablos y brujas, salen de sus casas para llenar las calles en estas noches eternas. Es innegable que, junto al festejo de Todos los Santos y las Benditas Ánimas, las máscaras de demonios y seres espeluznantes han ocupado un lugar privilegiado desde hace varias décadas en los festejos del día de muertos. El llamado *Halloween* se ha convertido en una tradición fundamental, sobre todo ahí donde las celebraciones mortuorias no fueron aderezadas por las tradiciones prehispánicas de los indígenas, como sucedió en gran parte del norte de México y en especial en la ciudad de Chihuahua. Podrán faltar los altares para recibir a los difuntos, o las flores para adornar las tumbas, pero los niños con sus mejores disfraces no dejarán pasar los días festivos de noviembre para tocar las puertas de los hogares y recibir sus golosinas.

No ha sido fácil, para un gran sector de la sociedad nortea, aceptar que esta tradición de pedir *Halloween* sea más significativa que las legendarias fiestas católicas. El rechazo por aquellos que quieren ver ofrendas mesoamericanas y esplendorosos arreglos con flores de *cempasúchil* en los hogares de la ciudad de Chihuahua, se debe al estigma que ha fomentado la innegable influencia estadounidense en la vida cultural en esta región. El *Halloween* es, efectivamente, un préstamo más de cultura estadounidense en la sociedad del norte de México. Ha sido gracias a los medios masivos de comunicación que la concepción terrorífica en torno a la muerte del *Halloween* haya socavado la supuesta relación

de familiaridad y camaradería que se le suelen atribuir al mexicano cuando festeja a la huesuda.

Sin embargo, en la imaginería de seres sobrenaturales asociados con la maldad que ha propagado esta celebración estadounidense, se esconde el sentimiento primitivo del que hablábamos al principio sobre el origen de la religión: el miedo a los espíritus de los muertos por la creencia de llenar al mundo de enfermedad y muerte. Los orígenes del *Halloween* confirman que se trataba de un ritual conmemorativo de un mito que narra la lucha entre los hombres y los espíritus de los difuntos que transmitían enfermedad y muerte a los vivos.

Efectivamente, la celebración del *Halloween* se consagró con la concepción de los celtas sobre los espíritus de los difuntos y los dogmas de la celebración católica de los muertos. De hecho, la palabra *Halloween* es una declinación de *All Hallows Eve* o *All Hallows Day*, es

decir, la víspera o el Día de Todos los Santos. Sin embargo, a diferencia de este culto católico, el *Halloween* tomó un sentido totalmente opuesto cuando un 31 de octubre del siglo V d.C., los celtas lograron ahuyentar a los espíritus de los difuntos que regresaron al mundo de los vivos para poseerlos. Para lograrlo, los hombres se disfrazaron en la noche de seres malignos para atemorizar, con sus gritos en plena oscuridad, a los mismos espíritus de los difuntos. El *Halloween* no se instauró para agradar y recibir a los antepasados o a los santos; es la celebración que recuerda ese día memorable donde los hombres, mimetizados como fantasmas, lograron ahuyentar a los muertos.

Sin embargo, disfrazarse de fantasma no es únicamente una forma de repeler la imagen de la muerte; es también una forma de acercarse a lo desconocido mediante su representación. La función de este ritual conmemorativo, que recrea aquel 31 de octubre de siglo V d.C.,



Cantina *Río de la Plata*, ubicada en la esquina de 3a. calle de República de Cuba y 2a calle de Allende. © 2017. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

donde los hombres imitaron a los seres sobrehumanos para evitar ser poseídos, es crear un vínculo con aquello que causa temor y angustia; es el momento en que los hombres pueden acceder al mundo de lo sagrado volviéndose ellos mismos espíritus sobrehumanos.

Independientemente de su origen y el carácter comercial que presenta, el *Halloween* es una celebración que permite controlar el temor y la fascinación que produce lo sagrado. Sin embargo, la característica más significativa de esta costumbre arraigada fuertemente en el norte de México es que los niños tienen una participación mucho más significativa que los adultos. Son los niños los que motivan a sus padres a comprar las máscaras terroríficas en los supermercados. Ellos son los que se disfrazan para recolectar, de casa en casa, el *halloween* o la *calaverita* en su versión sureña, es decir, los dulces y el dinero a lo largo de la noche del 1° de noviembre. Esto quiere decir que los niños son los que se mimetizan, al vestirse como monstruos, con los fantasmas y la muerte.

Si se trata de una expresión cultural que permite diferenciar a los

niños de los adultos no sería descabellado pensar al *Halloween* como un rito de paso y de iniciación. Sin embargo, se trata de una relación inversa a la que Lévi-Strauss (2002 [1952]:8-12) identificara con la imagen de Santa Claus y los niños, pues en este caso, es la divinidad disfrazada la que visita a los niños durante la noche del 24 de diciembre y, en el caso del *Halloween*, son los niños los que, disfrazados de muertos, visitan a los adultos para estimular el intercambio de dulces por el alejamiento de la muerte.

Si tomamos a la fiesta como una inversión de los roles establecidos en la vida cotidiana, no es casualidad que los niños, es decir, los no iniciados sean los que representen a la muerte en este intercambio y los adultos a los vivos.

“¿Quién puede escenificar a los muertos –se interroga Lévi-Strauss-, en una sociedad de vivos, sino todos aquellos que, de una o de otra forma, están incorporados de manera incompleta al grupo, es decir, participan de esta *alteridad* que es la marca misma del dualismo supremo: el de los muertos y el de los vivos? No nos asombre entonces de ver a los extranjeros, a los esclavos y

a los niños convertirse en los principales beneficiarios de la fiesta” (*idem*. Las cursivas son del autor).

Siendo así, son los adultos los que terminan siendo los novicios del ritual: los espantados por los muertos que representan los niños. El *Halloween* sigue siendo una celebración donde los vivos intentan ahuyentar a los muertos por su carácter peligroso y contagioso. De hecho, los niños enmascarados tienen la libertad de transgredir el orden; tienen toda la noche para hacer travesuras sin que exista un adulto o autoridad que los reprima, es decir, se convierten por un momento en un peligro.

Pero la muerte es rechazada con la generosidad de los adultos; en el *Halloween* impera efectivamente un antagonismo que termina siendo al final un acto de reciprocidad y convivencia entre los muertos y los vivos. Así, gracias a este intercambio entre los niños y los adultos se expresa la propia naturaleza de lo sagrado que representa la muerte: la repulsión y la atracción, la fascinación y el terror.

Bibliografía

- CAILLOIS, Roger, *El hombre y lo sagrado*, FCE, México, D. F., 1996 [1939].
- GRAULICH, Michel, *Ritos aztecas. Las fiestas de las veintenas*, INI, México, D. F., 1999.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, “Santa Claus en la hoguera”, en *Antropología*. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Grupos Sociales y diversidad cultural, México, D. F., 2002, pp. 3-13 [1952].
- SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Historia 16, Madrid, 1990.
- TYLOR, E. B., *Antropología. Introducción al estudio del hombre y la civilización*, Editorial Alta Fulla, Barcelona, 1987 [1881].
- VORÁGINE, Santiago de la, *La leyenda dorada 2*, Alianza, Madrid, 2000.



© SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.